Diario de lo improcedente
(hobbies no permitidos)

- Pues a mí, me gusta el fútbol sin destacar ninguna cualidad especial; sin que el balón describa poemas en una competición lógica del hombre enfrentado a un desafío físico... No, simplemente me gusta.

La sala de interrogatorios siguió en penumbra.

- Parece sincero... –masculló la científica rubia de la cortísima bata blanca, de pelo corto y sin cofia, inclinada sobre el monitor y el tablero de mil controles y lucecillas.

- ¡Cada vez son más duros! –la morena obesa estaba visiblemente fastidiada.

La estancia estaba oscura, salvo por un espejo unidireccional enfrente de las dos mujeres. Predominaba el gris oscuro para adaptar la penumbra a la ambientación deseada; se sentía el agradable frescor del aire acondicionado perfumado, aunque, a veces, la enfermera daba un respingo de frío debido a la poca ropa que llevaba. Una puerta moderna daba acceso a una habitación grande, el final no se distinguía. Se veía a su través a un hombre maduro atado a una silla; llevaba un casco en la cabeza lleno de electrodos y cables de variados colores. Estaba con el torso desnudo, bueno, vestido por más cables que salían de unas placas metálicas cuadradas sobre sus hombros y muñecas. El hombre parecía ajeno a todo y asemejaba estar acostumbrado a sólo poder mirar al frente, a un espejo que era unidireccional y por ahí le veían las dos mujeres, y gracias a los cablecillos adheridos a su cuerpo, le escudriñaban las entrañas por el monitor; por dentro y por fuera en la superficie de Narciso, en la pantalla del ordenador.

La investigadora grande y morena asumió su papel de jefe al tomar expresión de preocupación al comprobar electrónicamente que

su teoría daba problemas.

- Repasemos –la jefe casi daba órdenes militares a la segunda de a bordo en el proyecto- leamos el informe por enésima vez: “Sujeto de 42 años, casi calvo, electricista de profesión, 1,81, culto y le encanta la astronomía. Una amiga íntima que conoció por la astronomía, contactó con la empresa para eliminar el fútbol de su repertorio comportamental, ya que era muy molesto para ella. Tuvo tres relaciones anteriores con tres mujeres, las tres rotas por el dichoso fútbol. Ingresó en una asociación de astronomía ciertamente prestigiosa y la amiga quiso iniciar una relación seria con él, pero se encontró con un gran obstáculo: una enorme pasión, una adicción que le llevó a engañar a todos y a ella especialmente. Anunciaba oficialmente que había dejado de ser aficionado al fútbol en repetidas ocasiones, hasta que su compañera le aconsejó nuestro trabajo al pillarlo en los vestuarios femeninos con un pequeño aparato de televisión ilegal, viendo una cadena suramericana ilegal que emitía un partido de fútbol ilegal.

- Vaya, vaya... –La jefa se acomodó en su asiento y frunció el ceño- y, él ¿qué alegó?

- Pues dijo, que se había mareado y que fue al vestuario a “sentirse mejor”.

- ¿Y qué hacía él en los vestuarios de mujeres? –La gorda mordió sensualmente otro trozo de chocolatina.

- Dijo que se equivocó... –dijo la ayudante rubia algo sofocada por la pasión que entregaba su jefa a la comida – pero yo creo que se trata de una clara provocación.

- ¿La gente se cambia de ropa para mirar por un telescopio?

- ¡Oh sí! Es bastante habitual. Incluso se duchan y se desinfectan mutuamente. Si descubren algo importante pueden sudar.

La jefa hizo un gesto de repugnancia. Acto seguido volvió a pensar en voz alta.

- El caso, es que resiste al tratamiento.

La jefa suspiró, miró al suelo y se sentó frente al teclado del ordenador. Bostezó, entrelazó los dedos de las manos y subió los brazos sobre la cabeza. Parecía mentira que aquella mujer exhibiera tanta flexibilidad y agilidad con su cuerpo obeso; podía concentrarse y posar sus dedos en posturas difíciles. Ella se movía repleta de destreza, fijando unos enormes y hermosos ojos en la pantalla. Cambió el programa de administración de las descargas y las programó para ser más frecuentes y potentes ante el asombro de la enfermera.

- Lo vas a matar. –La rubia adoptó una mueca de asombro y terror mezclados en un gesto de saber, de entender los gráficos y las modificaciones del mensaje de su jefa. Mientras su jefa, no escondía su regocijo y pasó las palmas de sus manos por su cuello, en un ademán desafiante y orgulloso. Luego se frotó las manos en un goce privado, duradero que se prolongó hasta que ella se levantó de la silla y le dio dos palmadas en la espalda a la enfermera y ordenó amablemente:

- Ponle gel en los catéteres de los hombros.

La chica se mordió el labio inferior y tomó un tubo de pasta electrolítica de la estantería con botes, tubos, aparatos de medida y muchas cosas más. El cuarto estaba lleno de columnas y mástiles; el diseño era sobrio y frío contrastando con la opulencia del edificio, un viejo hospital del siglo pasado. La chica, vestida de enfermera, parecía una enfermera estilizada y hermosa. Con gesto de preocupación miró a su jefa cuyo rostro se teñía de rojo ya que estaba frente a la pantalla del ordenador; ella le ordenó con una mano como diciendo: “¡Vamos, hágalo!”. La enfermera de blanco se resignó y penetró en la sala de condicionamientos.

- ¡Buenos días! Bueno, ¿es de día? –preguntó el hombre desde su inmovilidad forzada.

La enfermera sintió lástima ya que no podía contestarle, más aún pensando que le miraba, le vigilaba su jefa. El hombre apenas le miraba porque tenía en sus mandíbulas unas barras adosadas que le impedían girar la cabeza.

La enfermera rasgó un poco la piel de los hombros desnudos con una pequeña cuchilla y le aplicó la pasta, y así, aseguró los electrodos azulados.

Luego colocó pasta en las muñecas y cerró unas pinzas amarillas sobre ellas. El hombre miraba reflejado en el espejo el trasero de la enfermera cuando realizaba la operación. Entraba en su campo de visión ver las piernas esbeltas y desnudas que salían de la corta bata blanca de la enfermera. El hombre, sin decir nada, contemplaba las evoluciones de esos glúteos en su torso. No sintió dolor, ni escozor, cuando la enfermera rasgaba duramente su piel, él miraba la bien acabada y esbelta silueta de la enfermera de corto.

De pronto, las luces se apagaron y la sala se tiñó de verde, luz verde intensa. Con menos luz, el hombre sólo veía las piernas de la enfermera reflejadas en el espejo. Le gustaba, tanto que no veía su propia imagen en el espejo, sólo los esbeltos muslos, las finas rodillas y las brillantes espinillas.

La morena, desde fuera, manipuló el teclado del ordenador y se pudo oír una voz televisiva que narraba con calidad:

- ...Una tarde perfecta para la práctica del FÚTBOL... –y cuando la voz articulaba la palabra FÚTBOL, automáticamente una descarga eléctrica se desataba por los electrodos fijos del hombre, llenando de conductividad, calor, choque, temblor, golpeteo y pinchazo la zona de la cabeza, el pecho o la espalda en la que estaban colocados los electrodos y el hombre daba un grito de dolor.

La jefa lo programó para repetirlo unas veinte veces.

- ...Una tarde perfecta para la práctica del FÚTBOL... –el hombre sudaba mucho entre la luz verde, sin hacer calor. El hombre jadeaba y empezó a llorar de sufrimiento. La enfermera estaba atemorizada y aturdida con las rodillas unidas, en lo único que se fijaba el hombre.

La secuencia se paró bruscamente. El hombre se relajó un poco y respiró, pero no por mucho tiempo porque pronto comenzó otra secuencia:

- El CÉSPED –aquí el hombre dio un alarido también, pero era fruto de la enorme tensión a la que se sometió mientras la indeterminación de la espera de otra descarga fatal; pero esta fue más apacible. Incluso, el hombre se sorprendió por su tolerancia suma, pero su pírrica victoria fue porque la descarga eléctrica en sus hombros era más suave. La secuencia siguió- ...se encuentra en perfectas condiciones para uno y otro EQUIPO –las descargas iban en aumento de intensidad conforme se sucedían las palabras que se referían directamente al juego; las descargas se repetían varias veces y algunas palabras también-... los CAPITANES de ambas escuadras intercambian banderines mientras el ÁRBITRO de la contienda revisa las PORTERÍAS y se va a disponer a dar el PITIDO inicial en cualquier momento, lo que dará comienzo al partido de FÚTBOL más interesante de la JORNADA...

La enfermera salió de la sala verde de condicionamientos y miró a su jefa con cierto desafío en su rostro y con los brazos en jarras.

- ¡Ya basta con 100 ensayos!

- ¡No me diga cómo he de trabajar! El sujeto se resiste al tratamiento. Los valores cerebrales no varían...

- Vamos a dejarlo con los otros y ya pensaremos algo.

De pronto, la jefa miró a la enfermera. Miró sus piernas, su escote, su cabello.

- ¡Espere! Creo que ya sé el motivo de que se cortara el condicionamiento...

La enfermera, con el rostro más inocente, se acercó a su jefa lentamente, sonriente, con pasos pequeños.

- ¿Es algo muy complejo con términos raros de la psicología?

- No -la mujer grande se atragantaba de entusiasmo porque creía haber dado con la respuesta correcta.- es muy simple, el hombre se siente atraído por usted y por su cuerpo.

- ¿Cómo dice? –La enfermera no daba crédito a lo que escuchó, pero sonrió y miró su cuerpo hacia abajo, el trasero y alisó su cintura.

- Bueno, no se ofenda pero creo que el sujeto está más pendiente de sus piernas y su trasero, que del condicionamiento. Lo cual supone una pérdida de los niveles básicos de atención que pondrían en marcha el programa de reforzamiento negativo, perdón, de castigo ya que el propósito del entrenamiento es reducir la probabilidad de aparición de las consecuencias adictivas de la conducta “fútbol”, que siempre me equivoco con las palabras de “escape”, “evitación” y “castigo”.

- ¿Qué? ¡Oiga, hable en cristiano! –la enfermera gesticuló una incomprensión enorme. Era algo que le atañía directamente.

- Pues verá, su culo, se interpone entre mis descargas y el aprendizaje a obviar el fútbol.

La enfermera enrojeció un poco y balbuceó una respuesta inaudible porque la jefa siguió hablando:

- Así que lo haré yo porque no creo que se fije en mi cuerpo con tanta pasión. El efecto de su figura se verá amortiguado por mis

formas de “obesa poco atractiva”.

- ¡Mujer! No diga eso...

- Bueno, “ballena o tocinorra”, si lo prefiere. Así, que si no le importa manejar los controles de las descargas.

- ¡Cómo no! –La enfermera estaba risueña pues había conseguido tres cosas de un mismo tirón: que le llamaran tía-buena, dejar al hombre que le producía angustia verlo sufrir y el buen humor de su jefa al llamarse “tocinorra” de manera divertida siendo que tenía razón. Cambiaron los papeles y el hombre adoptó una expresión de decepción ante el cambio. La jefa sonrió maliciosamente porque parecía que su teoría se confirmaba pero, al rato, ella vio como no le afectaban las descargas y el hombre sonreía. Chillaba con cada descarga pero miraba atentamente el pecho de la jefa gorda que resultaba muy prominente, unos pechos descomunales, al igual que todo el cuerpo, pero, tan cerca de ellos parecía que algo iba a estallar. El calor del día hizo que se desabrochara el último botón de la camisa gris, e hizo que quedara al descubierto el canalillo entre los dos senos que seguía el hombre con la mirada mientras se le caía la baba. La jefa gorda no lo sospechó pero fue su busto el que le quitó la atención a los shocks, y ella abandonó apesadumbrada la sala de condicionamientos y luz verde; la enfermera se encogió de hombros y puso las palmas de las manos al cielo. La doctora obesa se quitó las gafas y se frotó los párpados; dijo sin mirar a la enfermera:

- ¿Puede ocuparse de que se lo lleven a descansar con los otros?

- Cómo no... -la enfermera descolgó el teléfono y habló. La jefa se sentó con los codos apoyados en la mesa, con las muñecas soportando la cabeza y los ojos. Las dos mujeres entraban en el campo de visión del hombre prisionero que no dejaba de sonreír.

Dos hombres corpulentos entraron murmurando. Iban de blanco cómodo y calzado deportivo. Entraron en la sala y en un ademán vertiginoso, le libraron de los anclajes, electrodos y ataduras y lo

escoltaron, bueno, el hombre estaba muy débil y encogido, y no podía caminar; se cayó de bruces dos veces y así, los guardas de la empresa lo llevaron cada uno de un brazo, sin que apoyara los pies en el suelo. Los dos mozos fuertes, llevaban un distintivo en el pecho con el eslogan de la empresa: “si no va con nada, si es de la mayoría, si es comercial, nosotros lo eliminaremos”.

No saludaron a las mujeres y pasaron por delante de ellas en un gesto mecánico. Llegaron a unas estrechas escaleras de caracol y llevaron al hombre a una especie de living azul claro con dos sofás más oscuros. Luego, los hombres le descargaron en el sofá grande como si de un saco de vegetales se tratara. Se fijó, con la dificultad del agotamiento, en que había varios hombres más, todos pálidos y demacrados como él. Caminaban babeantes en círculo abrazando a los guardas y pidiéndoles chocolatinas. Estos se reían y les empujaban con fuerza.

- Vamos, en mi despacho tengo cafetera. –Las dos mujeres salieron de la sala en tono cansado y esperanzador; en el silencio de terminar la jornada laboral. Llegaron tras el corredor poco iluminado a una puerta metálica grande con un cerrojo electrónico y la jefa gorda accionó su tarjeta plástica con desdén.

La luz se encendió automáticamente y se accionó el despacho entero: papeles, libros, un ficus, tres sillas, una fotocopiadora (o algo así), un acuario sin peces, una cafetera, un ordenador y una mesa elegante y oscura.

Él supo de sus compañeros de living. Todos se movían con dificultad. No fijaban la vista y hablaban como después de ir al dentista, balbuceaban mientras la saliva caía en un hilillo que se rompía en un ligero chapuzón.

Uno de ellos era aficionado a las maquetas, aviones y aparatos de guerra en miniatura que deben ensamblarse y pintarse con cuidado y precisión; tal vez por ello temblaba un poco. El calvo delgado leía novelas de ciencia-ficción y veía películas de ciencia-ficción con

pasión. El pequeño pelirrojo era amante de los juegos de rol y de todo lo que Tolkien podía escribir. Los trenes, los espías, los soldados de plomo, los juegos de ordenador, los westerns, la música ligera, los crucigramas y muchos otros tenían sus representantes también, y cada cuál hablaba de sus preferencias.

- Lamento decirlo, pero usted no es el único que lleva el fútbol en la sangre –dijo el amante de la televisión, ciego y con los ojos llenos de alguna sustancia morada...

- ¿Por ejemplo? –dijo el hombre que aún jadeaba- a ver. Preséntememe a uno sólo.

- No puede ser, es lamentable que todos se hayan vuelto locos... – dijo el amante de la ciencia-ficción.

- Yo prefiero decir que los han exterminado, eliminado, borrado... –dijo en voz baja el de las novelas de espionaje, envuelto en su gabardina color sepia.

- Les quitan lo que tienen de hombres... –sentenció el aficionado a los toros vestido de torero.

- ¡Oh! Siento curiosidad, ¿Cuál es su tratamiento?

- Es muy sutil, un vídeo representa a un toro que siempre me coge.

- ¡Pues a mí, esos energúmenos de los guardias me hacen tragar maquetas de avioncillos y tanques de plástico!

- Eso no es nada. Cada vez que la princesa Leia[1] le da un beso, o un abrazo, o una mirada con intenciones a Han Solo[2], me mandan una descarga eléctrica en el pene...

En el frío despacho de la jefa del proyecto Para Eliminar Conductas Vulgares (E.C.V.), las dos tazas de café parecían formar

parte de una coreografía para festejar el haber terminado una dura jornada de trabajo.

- Isabel, dime lo que te preocupa, sin miramientos –dijo la jefaza que se desprendió de su atuendo laboral y se había cambiado de camisa. Ahora lucía una camisa rojo intenso y pellizcaba la barbilla de la bella enfermera.

- Pero doctora, es fuerte y muy desagradable...

- ¡Oh vamos! Yo soy psicóloga, puedes confiar en mí. ¡No seas mojigata!

- Bueno, allá voy: mi novio es sospechoso de "trekkie"[3] –dijo la enfermera mientras daba vueltas al café solo. La jefa llevó a mano a la boca en un gesto de sorpresa e indignación:

- ¡Dios santo! Qué vulgar! -La jefa hizo un ademán repulsivo - Eso es muy grave, ¿cómo lo sabes?

- Estoy hecha un lío porque él, admitía que de niño era trekkie convencido, pero sólo cuando fue crío. Incluso lo ha desmentido públicamente… Pero cuando hacemos el amor, siempre dice "Ven aquí, Uhura[4] mía" y en pleno orgasmo siempre dice "Bienvenido al Enterprise[5]".

La jefa sorbió el último sorbo del café como si fuera a tragarse la taza y le dijo a la enfermera:

- Tráetelo por aquí.

1 Leia: nombre de un importante personaje femenino de la serie cinematográfica "Star Wars"
2 Han Solo: nombre de un importante personaje masculino de la serie cinematográfica "Star Wars"
3 Trekkie: aficionado pasional a la serie de televisión y cinematográfica "Star Trek", que en España se llamaba "la conquista del espacio". Los trekkies se visten y maquillan como los héroes de su aventura.
4 Uhura: nombre de una mujer protagonista de "Star Trek", la única mujer protagonista en el puente de mando de la nave espacial.
5 Enterprise: nombre de la nave espacial de la película comandada por gente de los 5 continentes y por un individuo de otro planeta, "Mr Spock". Tipo de orejas especiales.